

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 17 DE ENERO DE 1909

NÚMERO 55



¡SALUDAD LA BANDERA!

Estacionados delante de la puerta del aula, los alumnos de Historia Universal esperábamos la llegada de don Enrique, el catedrático.

Al cabo de un buen rato de espera apareció García, el viejo bedel del Instituto de San Isidro, para decirnos:

—Don Enrique no viene hoy. ¡Podéis largaros...!

A tal noticia, quién más, quién menos—no hay que sentirse hipócritas—dió un suspiro de satisfacción. Podíamos, sin cometer ningún

Ayuntamiento de Madrid

acto reprehensible, darnos el gustazo de «hacer novillos» aquella mañana, é irnos adonde bien nos pareciese á esparcir el ánimo. Y como unos pequeños salvajes, salimos del vetusto caserón, entre atronadora greguería, saltando y brincando.

A la puerta del Instituto, el pelotón disgregóse en grupos. La mayor parte de éstos se irían á jugar al Campo del Moro, que en aquel entonces—ya ha llovido, lector infantil—no era como es ahora amenísimo jardín cerrado por magnífica verja, sino campo agreste, inculto y abierto á todo el mundo, lugar predilecto de los malos estudiantes que preferían corretear por él á su sabor á estarse quietos en los bancos de un aula escuchando las explicaciones del catedrático.

Los de mi grupo acordamos, por unanimidad, ir á Palacio á ver la parada, espectáculo encantador y regocijado por el cual todo hijo de Madrid experimenta atracción irresistible, especialmente los chicos, á los que entusiasma todo aquello en que intervienen soldados.

Llegamos á la plaza de la Armería, y á empujones y codazos conseguimos ocupar la primera fila entre la muchedumbre de curiosos estacionada al pie de la galería que limita esta gran plaza de Palacio por el lado de la calle de Bailén.

Toda nuestra atención habíase reconcentrado en la militar escena que se desarrollaba entre nosotros; los alegres sonos de las bandas amenizaban la ceremonia con un *pot-pourri* de aires nacionales.

Aun cuando éramos unos arrapiezos, la música y el aparato bélico encendían en nosotros la llama del amor patrio, y sentíamos algo así como regocijo inexplicable en ser españoles y unas ganas locas de gritar: «¡Viva España!» «¡Viva nuestra patria querida!» Y á la mente acudían en tropel las páginas gloriosas de nuestra Historia enseñadas por don Enrique.

Y ¡qué diantres!, aunque no valíamos ni para matar un mosquito, ¡que vinieran ahora franchutes! Bueno será advertir que en mis tiempos, los chicos odiábamos mortalmente á los franceses, y para nosotros «franchute» valía tanto como enemigo único y feroz de España. ¡El recuerdo del Dos de Mayo imprimíase con gran relieve en las imaginaciones infantiles.

Llegó el momento del desfile y ante la enseña de la patria las bandas batieron la Marcha Real, y los militares, y algunos pocos paisanos, la saludaron; desgraciadamente en mi época no se había generalizado como ahora la costumbre de descubrirse al paso de la bandera nacional.

Y en este punto del desfile, oímos á nuestra espalda una voz bronca que autoritariamente, decía:

—¡Descúbranse ustedes, que pasa la bandera...!

Nosotros, los estudiantillos, al oír tal orden nos apresuramos á cumplirla un tanto azorados y vergonzosos, como el que se ve justamente reprendido por un acto de descortesía; unos obreros que había junto á nosotros, imitaron nuestra conducta.

Con las gorras aún en la mano volvimos recelosamente la cabeza

hacia el sitio en que sonó la voz autoritaria, y vimos á un capitán de Inválidos, ya viejo, falto del brazo derecho, que sostenía, debajo del que tenía firme, su ros y miraba á la bandera como se mira á una imagen sagrada; sus labios se movían casi perceptiblemente como si murmurase una oración.

Pasó la bandera, y el viejo y lisiado capitán nos dijo, procuranço aunque en vano dulcificar su voz bronca y desapacible:

—Hijos míos, no ahora, como lo habéis hecho por mi mandato, cosa que os agradezco, sino siempre, descubríos ante ese pedazo de lienzo que representa nuestra patria querida. Esa es su insignia más preciada y la que nos sirve de guía, la que simboliza el amor que todo hijo debe á su madre. Y la patria lo es de todos nosotros. Por defenderla estamos obligados á darla nuestra vida. ¡Cuántos miles de españoles guiados por esa santa enseña han muerto en los campos de batalla...! Por eso, cuando pase por vuestro lado, descubríos; no sólo saludáis en ella á la patria, sino á todos sus defensores, por los que nos vemos todos libres y respetados. ¿Y qué menos que un saludo se ha de dirigir á ese símbolo de la patria, á ese pedazo de lienzo bendito que resume toda nuestra Historia...? ¿Qué menos puede hacer un hijo por una madre que descubrirse reverentemente á su paso...?

Tal dijo el viejecito, y un murmullo de aprobación siguió á su breve y emocionadora arenga.

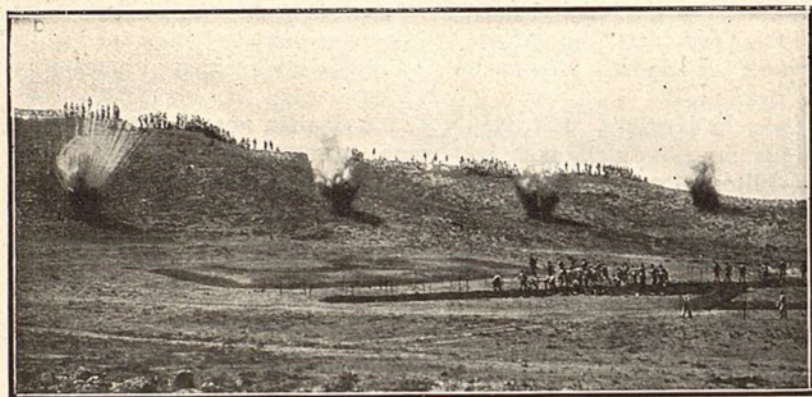
.....
Siempre que pasa la insignia de la patria, al saludarla, recuerdo á aquel viejo capitán inválido y sus palabras de elocuente patriotismo.
¡Saludad la bandera...!

D. LARRU.



Ayuntamiento de Madrid





LA PÓLVORA

No se está muy seguro respecto del origen de la pólvora; pero sin conocer á punto cierto la fecha de su invención ni el nombre del descubridor, coinciden todos los autores en opinar que en la India se empleaba en tiempos muy remotos, y que era uno de los componentes del famoso fuego *griego* (ó greguisco, como le llamaban nuestros escritores antiguos), usado en la guerra, y acerca de cuyos efectos, casi fabulosos, ha fantaseado no poco la historia.

Parece que los chinos conocieron las propiedades incendiarias de la mezcla del salitre, del carbón y del azufre, y que de ellos lo tomaron los árabes. En contra de este parecer, dicen otros escritores que los orientales sólo utilizaron dicha mezcla como origen de fuerza para mover algunos aparatos, dado que al quemarse no producía detonación, sino que ardía sin explotar. Opinan estos autores que fueron los árabes quienes descubrieron las cualidades de la mezcla de los tres cuerpos que antes nombro y el empleo que podía tener para la guerra. Es lo cierto que á principios del siglo xiv los árabes españoles usaban la pólvora para lanzar grandes balas de piedra contra sus enemigos.

Una vez introducido este componente en Europa, al poco tiempo y en distintas partes se dió á conocer por varios inventores.

La opinión más extendida es la de que la invención de la pólvora se debe al fraile Schwartz, que vivía en Friburgo. La leyenda cuenta que buscando la fórmula para fabricar oro (una de las preocupaciones—rayana en chifladura—de los alquimistas de la Edad Media), echó en un mortero salitre, azufre y carbón, y quiso combinar estas materias machacándolas. A los golpes se inflamó la mezcla con una violenta detonación, y la mano de mortero de que el fraile se valía fué lanzada á gran distancia, con gran susto de éste, que cayó al suelo. Del hecho dedujo las consecuencias convenientes, viniendo á parar en que la

mezcla susodicha, una vez inflamada, encerraba una fuerza capaz de despedir á distancia grandes masas. Parece que utilizó el descubrimiento lanzando proyectiles gruesos con morteros y con bombardas.

Otra versión es la de que no fué Schwartz, sino otro monje, llamado Constantino Auglitz, de Holstein, el que hizo el descubrimiento. También los ingleses atribuyen al fraile Roger Bacon la invención de la pólvora.

Lo cierto es que, sea quien fuere el autor del hallazgo, en Italia se usó la pólvora en armas de pequeño calibre allá por el año de 1309; que en Friburgo se conocía en 1313 (si es cierta la leyenda del monje Schwartz); en Ausburgo, en 1352; el año de 1353, en Nuremberg, y el de 1354, en Francia.

No vaya á creerse, sin embargo, que este descubrimiento produjo una revolución inmediata en el arte de la guerra, pues, como sucede siempre, ocurrió entonces que hubo que vencer una porción de dificultades y allanar muchos obstáculos, dependientes, no tan sólo de la imperfección con que la pólvora estaba hecha, sino también de las armas de fuego en que se empleaba.

A mediados del siglo xv se utilizó la pólvora para batir, por medio de minas, los muros de las ciudades ó fortalezas que se sitiaban. Se ha usado desde muy remotos tiempos en las canteras y minas, al efecto de desprender con poco esfuerzo grandes masas de piedra ó de mineral.

Según el uso á que la pólvora se destina (para caza, para cañones, para minas, para fuegos artificiales, etc.), así varía la proporción en que en ella entran sus distintos componentes.

En los primeros tiempos se ponía el salitre, el azufre y el carbón por partes iguales; pero no tardó en comprobarse que adquiría mayor vivacidad aumentando el salitre y el carbón y disminuyendo el azufre.

Al prenderse fuego á la pólvora, bien por medio de una chispa, bien por medio de un choque ó de una llama producida por la explosión de un fulminante, se desarrollan gases en tan gran cantidad que, no cabiendo en el lugar en donde están contenidos, empujan aquello que menos resistencia les ofrece, y esto, en las armas de fuego, es naturalmente la bala, que sale despedida con tanta más fuerza cuanto más ajustada esté al cañón; de aquí que no sean lisas las paredes de los cañones, sino rayadas, para que la bala tenga mayor trabajo en salir y sea más grande la fuerza que lleve.

Para la fabricación de la pólvora se practican dos operaciones diferentes: primera, el *procedimiento de los mazos*, que es el más antiguo, y que todavía está en uso en algunas partes para la fabricación de la pólvora de guerra, y segunda, el *procedimiento de ruedas de molino*, empleado para la de caza. Ambos procedimientos difieren en la manera de hacer la trituración y la mezcla de las substancias que entran en la composición del explosivo.

En nuestros días se fabrica la pólvora sin humo para el tiro de guerra.

JUAN ANTON.

LA SOMBRA DE LA FIERA

Como les sorprendieran las postreras horas de la tarde sin encontrar al tigre, cuya pista seguían, y como les atormentara una muy fuerte sed, Bronghton, el célebre cazador inglés, mandó á un criado—un joven indígena—que fuera por agua á una fuente que había al



otro lado del bosque. Obediente el negro, atravesó la selva, llenó su vasija en la rústica fontana nacida al pie de una disforme roca y tornó á internarse en el bosque á buen paso, pues el sol se inclinaba rápido hacia Poniente y su amo estaba bastante lejos. Además, lo que principalmente le impulsaba á caminar tan ligero era el temor que sentía de tropezar con el tigre que habían estado per-

siguiendo. ¿Si se lo encontraría detrás de algún matojo? ¿Si lo sentiría de pronto sobre sus espaldas...? A su memoria acudían en espantable tropel todas las hazañas que la temible fiera había consumado—robo de reses, sacrificio de caballos, asalto de caravanas, muerte de algunos indefensos viajeros,—y estas terroríficas visiones, juntas á su escasa

valentía, le hacían andar trémulo, sin valor siquiera para pisar fuerte. ¿Levantábase de pronto algún hálito de brisa...? En seguida se detenía y escuchaba. ¿Veía en el fondo del limitadísimo horizonte algún arbusto de forma extraña...? Ya estaba clavando en él los ojos por si era la silueta del temido tigre.

Figuraos, pues, cuál no sería su espanto cuando llegó á sus oídos el

rumor seco y distinto de unas pisadas. Paróse y miró con los ojos resaltándole horriblemente en medio de la negra faz. Nada se veía, pero las pisadas seguían sonando y cada vez más cerca por desgracia. Un sudor frío bañó su frente, y, no pudiendo tenerse en pie, recostóse contra un tronco centenario. Sin duda el tigre le había husmeado y venía siguiendo sus huellas para lanzarse sobre él. Parecíale ver ya sus ojos ardientes como brasas, su leonada piel y su ondulante silueta de felino; parecíale sentir sus fuertes garras hundidas en las palpitantes fibras de su carne, y creía ya que su abrasado aliento le hería el rostro como tufarada de horno. Los pasos ni se extinguieron ni se alejaron; antes siguieron acercándose paulatinamente, como si la fiera se agazapara para no ser vista. Al fin los sintió frente á él al mismo tiempo que á través de unos arbustos percibió una borrosasilueta.

—¡La sombra, la sombra de la fiera...! — musitó el infeliz.

Y abandonando la vasija llena de agua, dióse á correr silenciosamente al principio y después sin precaución alguna.

¡Si él pudiera ponerse contra el viento, acaso lograría escaparse de las garras del tigre...!

Mientras el negro corría con todas sus fuerzas acentúose la temida silueta, crujieron los arbustos y, abiertos éstos, apareció, no la fiera, sino un alegre y retozón mono.

El fugitivo había confundido las pisadas de un felino con las de un gracioso cercopiteco, cosa que no es para chocar si nos acordamos de aquéllo de Shakespeare: «El miedo es capaz de confundir un querubín con un demonio.»



José A. LUENGO.



COBLENZA (ALEMANIA) EL PUENTE DE BARCAS

Situada en la confluencia del Rin y del Mosela, es Coblenza una de las ciudades más importantes de Alemania. Los citados ríos no mezclan sus corrientes inmediatamente; el Mosela conserva en un gran espacio muy distintamente su color de esmeralda.

Fundaron esta ciudad los romanos, y la dieron el nombre de *Confluentia*.

A la muerte del emperador Carlomagno, sus nietos se repartieron su territorio, y últimamente era Coblenza la residencia favorita de la emperatriz Augusta, mujer del viejo emperador Guillermo. La ciudad está unida á la orilla opuesta del Rin por un puente de barcas. En dicha orilla se encuentra la célebre fortaleza de Ehrenbreitstein, llamada el Gibraltar del Rin.



EL OSO SALVAJE

CUENTO

El dueño de una tienda de bebidas llamó á un pintor y le encargó una muestra nueva y sensacional: un oso blanco, que era el título mismo de la tienda. Al tratarse del precio, no hubo modo de que el pintor del dueño consiguiera que le pagara bien aquel trabajo. Solamente ofreció treinta pesetas.

—¿Cómo ha de ser, domesticado ó fiero?

—Fiero, lo más salvaje que se pueda.

—¿En libertad ó encadenado?

—¡Libre y que dé miedo verle! ¡Que estremezca! Hizolo así el pintor, y á los dos días el público admiraba en la taberna un soberbio oso blanco, amenazando arrojarse feroz sobre su presa. Cobró el pobre pintor sus cuatro duros, y aquella misma noche hubo tormenta con lluvia torrencial y fuerte viento, y al otro día, al contemplar la muestra el tabernero vió que estaba en blanco. Llamó al pintor y expúsole sus quejas.

—¿No le quisiste fiero?

—Sí, muy fiero.

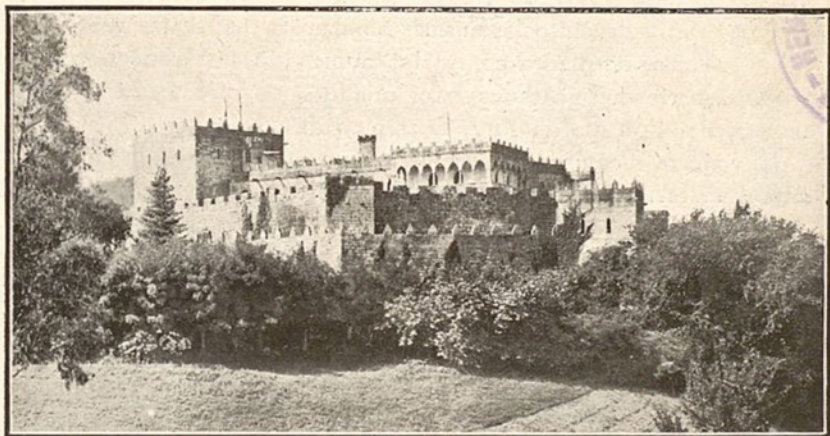
—¿No estaba sin cadena?

—Sin cadena

—Pues, ¿cómo se iba á estar tranquilo y quieto con vendaval y tempestad deshecha?

(El pintor, atendiendo al precio exigido, pintado había el oso á la acuarela.)

C.



VISTA DEL CASTILLO DESDE LOS JARDINES

CASTILLOS ESPAÑOLES

EL CASTILLO DE MOS

En uno de los pueblecillos más pintorescos de la hermosa provincia de Pontevedra, en Santa Eulalia de Mos, hállase enclavado el señorial castillo de Sotomayor. En medio de aquella feraz campiña se eleva la imponente fortaleza, que fué propiedad un tiempo de uno de los individuos de la familia de Sotomayor, el famoso Pedro Madruga.

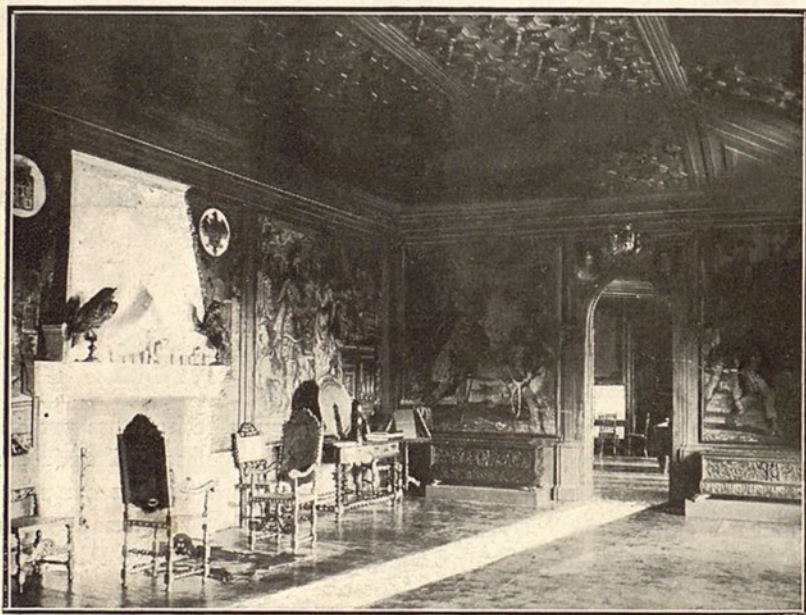
La construcción de este castillo data del siglo xv, y está considerado como uno de los mejores y más interesantes modelos de aquel género de arquitectura, tan adecuado á las necesidades de la vida en la Edad Media.

Cuando á principios del pasado siglo invadieron España los ejércitos de Napoleón, el castillo de Mos sufrió muchísimo, como tantos otros monumentos españoles que la saña devastadora de los invasores destruyó ó mutiló lastimosamente.

Pero el castillo de Mos perteneció al marqués del mismo título y de la Vega de Armijo, y este ilustre prócer, que tanto figuró en la política de nuestro país durante muchos años, puso especial empeño en la restauración más concienzuda de la antigua mansión señorial. Las obras se hicieron con tan escrupulosa habilidad, que el castillo de Mos quedó exactamente igual que estaba en sus mejores tiempos. Lo mis-

mo que cuando servía de refugio al audaz guerrillero, y todavía se conservan en su recinto las mismas bombardas que tantas veces dispararon sus balas de piedra contra los nobles de los alrededores y los revolucionarios hermandinos, y el calabozo en que Pedro Madruga tuvo preso al obispo de Tuy, D. Diego de Muros.

El viajero, dice un notable escritor, que á la caída de la tarde cruce ante la histórica fortaleza y vea su puente levadizo y su foso y arbo-



SA'LÓN PRINCIPAL DEL CASTILLO DE MOS

lada en la torre del homenaje la bandera azul y plata de los señores del castillo, se creará transportado á aquella edad hermosa y terrible, y perdiendo por completo la noción de la época actual, sentirá acudir á su memoria alguna de las terroríficas leyendas que de padres á hijos han ido transmitiéndose los aldeanos, y que referidas por ellos en la soledad nocturna de la campiña, aún imponen terror á los sencillos caminantes.

En el castillo de Mos gustaba de pasar los meses estivales el marqués de la Vega de Armijo cuando buscaba descanso de la agitada vida de la política.



LAS BONDADES DE NINI

X

Nadie me oyó... y lloraba... lloraba yo muchísimo; lo mismo que si en vez de ojos tuviese el caño de una fuente, y del agua que caía de mis ojos se fué formando un charco... y luego un estanque... y luego más aún... Entonces me puse muy contenta, porque vi que los bichos feos se quedaban allí; se conoce que no sabían nadar... y yo me acordé de la Virgen, y dije:

—¡Ay, Virgen! Yo seré todavía más buena, aunque eso es casi imposible, si haces que esos bichos feos no me coman... ¡Yo te quiero mucho, Virgen; ayúdame tú, porque aquí no hay papás ni mamás, y estoy muy apurada...!

Entonces ocurrió una cosa rara; en el río aquel que se había hecho con el agua que me había salido de los ojos, apareció de pronto una barca muy preciosa y un angelito con alas y todo; me dijo que subiera en ella, y subí; entonces él empezó á tocar una trompeta, y vinieron corriendo por el agua seis perritos de aguas, ¡claro...!, todos blanquitos y con lazos azules; y estos perritos empezaron á tirar de la barca...

—¡Mira! ¡Mira!—le dije al ángel de la trompeta.—¡Qué risa! ¡Allí se quedan los bichos feos con siete varas de narices!

—Da gracias á la Virgen—me dijo el angelito,—porque ella es la que te ha librado de que te coman.

—¡Sí, sí! ya lo sé—contesté.—¡Muchas gracias, Virgen, muchas gracias! Oye tú—le pregunté al ángel,—¿no me podrías dejar á mí esa trompeta para que tocase?

—¡De ninguna manera!—dijo.—Si tú tocas esta trompeta, Nini, la barca se hundirá y nos ahogaremos todos.

—¿Hasta los perros?

—Hasta los perros.

—¿Entonces para qué son de aguas?

En fin, me senté muy acurrucadita en un rincón, y seguimos andando... andando... andando... por aquel río que habían echado los ojos míos... Y después de un rato grande, llegamos á un jardín precioso; y nos bajamos de la barca. En todos los árboles de aquel jardín había colgados limones y naranjas y juguetes; ¡como en el árbol de Noé!

—¡No toques á nada, Nini!—me dijo el ángel.—¡Estamos en el jardín de las hadas!

—¿De esas hadas que he oído contar en cuentos?—pregunté.

—Justito y cabal—me contestó.—Y si tocas estas cosas, te convertirás en naranja y te comerán.

—¡Anda salero! ¡Pues no tocaré, no! No quiero que me monden.

—Muy bien; ahora vamos á ver á las hadas

—Vamos corriendo.

Y empezamos á andar por unos caminos llenitos de flores y de angelitos, y llegamos á una plazoleta en la que había un trono igual que los que yo he visto pintados, y en aquel trono estaban sentadas tres hadas muy repreciosas, con los pelos rubios y en la cabeza muchas bombillas de luz eléctrica encendidas. Los trajes eran muy raros... así...

—Oye tú—le dije al ángel.—esas están vestidas de merluzas... ¡Qué risa!

—Si no eres respetuosa y formal, en seguidita te convertirás en naranja—repitió el ángel.

—Bueno, bueno; ya me va cargando á mí tanta formalidad.

—Nini—dijo el hada que estaba sentada en medio,—si no eres buena; si sigues haciendo cosas tan malas como las que has hecho de tomar tanto vino; si sigues, en fin, dando disgustos á tus papás y á tus abuelitos...

—¡Pero si eso es mentira!—grité.—¡Si no hay niña tan buena como yo! ¿Quién ha contado esos líos?

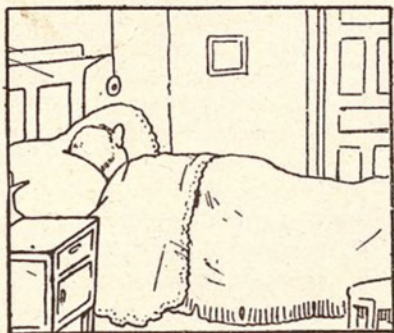
—¡¡No me interrumpas, Nini!!—dijo el hada, y le salió una luz eléctrica de cada ojo.—¡No me interrumpas! Si eres mala te comerá un bicho de los que has visto, ¡y en su tripa tienen el infierno! Y si eres buena irás á la Gloria, que es un jardín más precioso que éste, ¡¡y en donde hay muchas cosas buenas!!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid

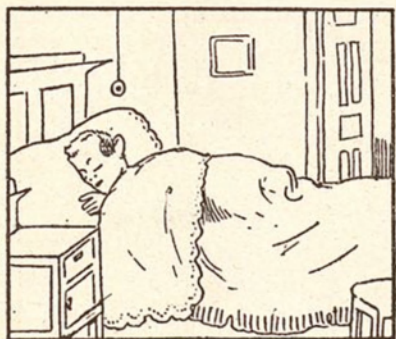
EL DESPERTAR DE ARTURITO



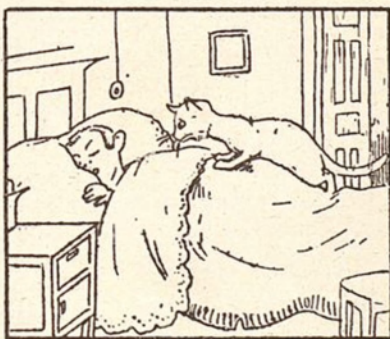
Arturito era un niño muy dormilón...



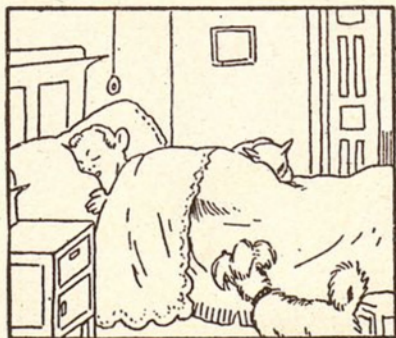
A las nueve y media, por centésima vez, entró Jenara á despertarle...



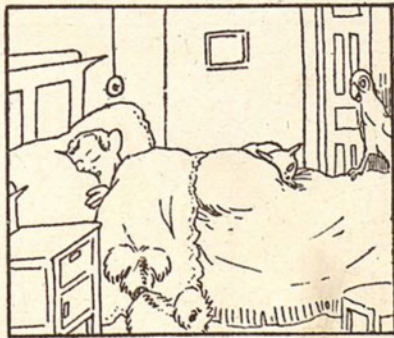
Pero, como de costumbre, dió una vuelta y siguió dormido como un tronco.



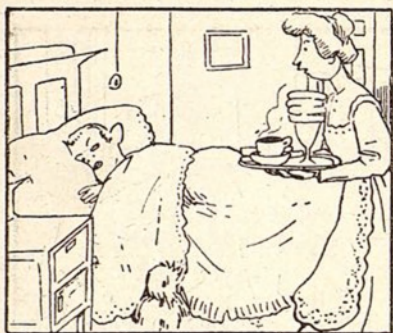
El gato, que vió la puerta abierta, de un salto se puso sobre la cama de su amiguito.



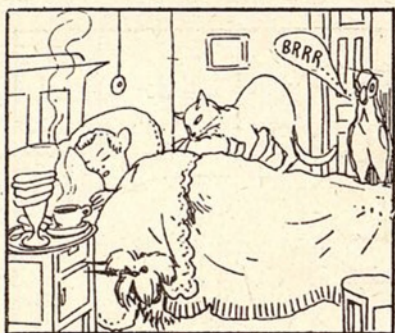
Apenas se acomodó con suavidad el minino, entró el perro sin miramientos en la habitación.



Y tras ellos, el loro; todos respetaron el sueño de su señor y guardaron silencio...



Al entrar Jenara el desayuno, Arturito abrió los ojos, mientras los bichos se escondían con prudencia.



Mas con el rico olor del chocolate todos los animalitos volvieron á hacerse presentes.



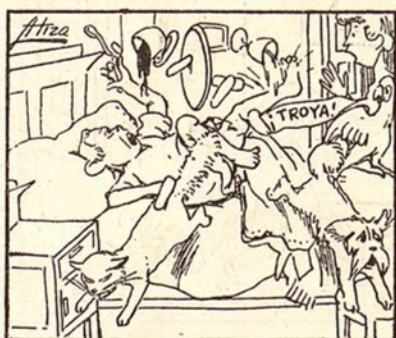
Con el mayor disimulo posible, se fueron aproximando á aquel imán irresistible...



Y no perdiendo mucho tiempo en preámbulos, se decidieron á dejar á un lado los cumplidos.



Las cosas iban pasando de castaño obscuro cuando al loro se le ocurrió dar la voz de alarma.



Y no es para descripto el cuadro que se ofreció á Jenara en el despertar de Arturito.